

NOTAS VARIAS
SOBRE NUESTRO ILUSIOGENO YAGE

Por GUILLERMO ABADIA

Intimamente relacionado con nuestros indios —por no decir exclusivo hoy de ellos— es el famoso ilusiógeno, planta mágica por excelencia, llamado “Yagé”. Trataré de resumir todo lo que presenta mayor interés acerca de la famosa apocinácea de tan extrañas propiedades. Lo que hemos investigado desde el punto de vista folclórico, como expresión demosófica, y lo que muchos hombres de ciencia han aportado al conocimiento de tan importante especie vegetal.

El *Yagé* o *Yagué*, llamado también “Ayahuasca” en Perú y Bolivia, “Caapi”, “Caapiyahuasca” o “Banisteria”, es una apocinácea identificada como “*Hameadryton amazonicum*” o “*Banisteriopsis quitensis*”, o “rusbyana”, por Morton.

La descripción de los efectos del Yagé no pueden sustraerse a los caprichos de la imaginación, dado su carácter de ilusiógeno potente y aun el propio Miguel Triana en su obra “Por el Sur de Colombia”, dice, sin manifestar dudas acerca de la veracidad del relato: “De este bejuco, por medio de la cocción se extrae un concentrado que produce *clarividencia* de tesoros ocultos y pronósticos del porvenir, con el cual se embriagan los indios de nuestras selvas en raras solemnidades, pero a escondidas de los blancos, de las mujeres y de los niños. Se dan cita reservadísima en lo más retirado y oculto de la selva. Con tal brebaje logran hacer viajes ideales perfectos, visitar parajes desconocidos e influir en el ánimo de personas lejanas, como si estuvieran realmente en su presencia”.

La identificación del Yagé como *Banisteria caapi* o *Ayahuasca*, ha sido corroborada entre nosotros por Zerda-Bayón, Barriga Villalba, Oswaldo de Acosta y Luis Faría. Zerda-Bayón, en 1905, después de un viaje al Caquetá, aisló de las muestras que recogió, un alcaloide que designó con el muy justo nombre de



telepatina. Barriga Villalba, en 1925, en Bogotá, al estudiar la Banisteria, separó dos alcaloides que designó con los nombres de "yagéina" y "yagenina". Albarracín estudió los efectos de la yagéina en el animal y en el hombre. En 1936, Acosta y Faria, en el Brasil, publicaron un trabajo extenso sobre la fitoquímica y la farmacodinamia de la planta.

Numerosas tribus diseminadas en el extenso territorio comprendido entre los ríos Negro y Orinoco, el Amazonas y la Cordillera de los Andes, incluyendo el noroeste del Perú, el este del Ecuador y Colombia, sur de Colombia y de Venezuela y noroeste del Brasil, han utilizado desde tiempos inmemoriales la bebida obtenida por decocción o maceración del Yagé. Se utiliza la parte inferior del tallo ascendente, triturada en un mortero o calabazo o pilón, agregándole un poco de agua, sin hacerla hervir. Una vez triturada la raíz se separan las fibras leñosas, filtrándolas. Al producto filtrado en un cucurucho formado por hojas y provisto de motas de lana vegetal, se añade otra cantidad de agua para corregir el sabor y para poder ingerirlo, dado su gusto desapacible y señaladamente amargo. Algunas tribus usan el algodón o las fibras de palma para hacer el filtro.

Crévaux en su maravilloso libro "Vuelta al Mundo", narra en sus experiencias con nuestros indios Coreguaje lo siguiente: "Ingerieren un licor enervante, preparado a base de la planta llamada Yagé. Los médicos indios al atender a sus enfermos beben el Yagé con la convicción de que esta bebida les confiere el poder de predecir el diagnóstico". Carece de exactitud lo que afirma algún folclorólogo, de que Crévaux en su viaje por Colombia y Venezuela, concretamente en San Fernando de Atabapo, hubiese visto usar con idéntico fin una liana (sic) que llamaban Caapi; lo que vio Crévaux en San Fernando —y aun ayudó a fabricarlo al brujo Alamoiké— fue el Curare (*Strichnus toxicaria*), o la variedad *Strichnus crevauxi*, denominada luégo en honor del sabio investigador francés.

Tyler, desde 1894, habla del uso del Yagé por los brujos indios del Yapurá (nombre indígena del río Caquetá), con el fin de colocarse en situación psicológica y poder efectuar el diagnóstico en sus enfermos. Anterior a esta observación es la de Spruce (1853) con los indios Guahibo de los afluentes del Orinoco y del Meta, del Vichada y el Guaviare, que también usaban y usan el Yagé. El efecto, decía Spruce, "comienza a los dos minutos de beberlo.

Primero produce palidez y temblor; después transpiración abundante, agitación y delirio furioso. Al cabo de diez minutos el bebedor se apacigua y se duerme”.

Realmente el Yagé, al ser ingerido, produce un estado psicológico especial, con alucinaciones e ilusiones ópticas, excitación intelectual y estados telepáticos y oníricos. Humboldt y Bonpland en su viaje a San Carlos del Rionegro (1799), dan noticia de un estupefaciente que parece corresponder al Yagé, denominado en quechua “Ayahuasca” (de “aya”: mágico, y “huasca” o “guasca”: bejuco). Michelena y Rojas, a mediados del siglo pasado, en sus notas de viaje de exploración por los ríos Orinoco, Casiquiare, Negro y Amazonas, mencionaron una bebida euforizante y estupefaciente utilizada por los indios de esas regiones.

Manuel Villavicencio dice, por esa misma época (1853), que los indios Záparo y los Tukano usaban un bejuco (huasca) llamado Ayahuasca.

Von Martius, unos años más tarde, comprobó en el Vaupés, el Rionegro y el Napo, el uso de una planta llamada “Caapi” (de las voces del dialecto tupí “caa”: planta o yerba, y “pi”: contracción de *pinima* que significa *pintado* o coloreado, es decir, planta pintada. Este Caapi es el yagé, según dijimos, por las visiones coloreadas que produce.

Koch-Grünberg dice que en su viaje por el noroeste del Brasil (límites con Colombia), los Yanacota-Unana y, en general, las tribus y poblaciones que viven entre el Napo y el Caquetá, tomaban una planta para “procurarse un estado especial de ebriedad eufórica”. Koch-Grünberg y su acompañante, dicen haber probado los efectos del Yagé, pero sólo mencionan, el primero, que “experimentó la visión de infinitas luminescencias de vivos colores, acompañadas de flores rojas dispuestas en imágenes geométricas”. Su compañero tuvo ensueños “sonrientes, con aparición de personas del sexo femenino”.

A Reinberg, que en 1921 publicó su trabajo sobre bebidas tóxicas, ocurrió que en 1912, hallándose en San Antonio de Curaray, en pleno centro Záparo, supo que los indios iban a tomar la Ayahuasca y propuso a algunos que se le permitiese verlos; éstos, con diversas evasivas, se negaron a complacerlo, pero un trabajador peruano llamado Teófilo, casado con una india Záparo, se prestó a enseñárselo ya que estaba habituado a ingerirlo, lo mismo que un hijo suyo de diez años. El indio Teófilo, dice Reinberg,



“colocó en una marmita, en la que nunca se había cocido nada con sal (condición que parece muy importante para no anular los efectos completos de la droga), cuatro trozos de un bejuco, de unos 30 centímetros de largo, cortados y desmenuzados, agregándoles un litro y cuarto de agua y cinco o seis hojas tiernas de Yagé. Los trozos de bejuco pertenecen al tallo del Yagé. Colocada la marmita en el fuego, la hizo hervir durante ocho horas, hasta cuando su contenido se redujo a un cuarto de litro de un líquido moreno, turbio, de sabor amargo, nauseabundo, que dejaba en la boca un gusto pésimo. Teófilo me suministró esa noche la bebida, en completo reposo, en silencio y en la oscuridad —condiciones indispensables, según él, para ver mejor el porvenir— y me dispuse a tomarlo.

“Al aparecer las náuseas el efecto síquico alcanzaría al máximo. El hijo de Teófilo, de diez años, lo bebió al mismo tiempo y luégo de la náusea quedó sumido en un sueño profundo, pero con señales de gran inquietud mental. Los efectos experimentados pueden resumirse en: contracción de los maxilares y gran dificultad para tragar; ante mis ojos brillan círculos luminosos fosforescentes y veo brillar, en un cielo esplendoroso, algunas mariposas pertenecientes a las especies recogidas por mí esa mañana. La visión es extraordinariamente neta, *demasiado neta*, y tengo la sensación exacta de que veo las cosas reales a través de un pequeño agujero practicado en una cartulina. La inteligencia parece sobreexcitada y la facultad de observación muy desarrollada. Registro todos los síntomas con una perfecta lucidez de espíritu y asisto a todos los acontecimientos *como si se tratase de otro individuo que no fuera yo*; este síntoma me sorprende notablemente. Como los fenómenos no avanzaran, me hice suministrar una segunda calabaza de Yagé, pero lo único que experimenté fueron síntomas tóxicos desagradables, en especial lentitud del pulso y dolores articulares. Hubo necesidad de administrar caféina para reaccionar”.

Lo más probable en lo que toca a la ausencia de fenómenos síquicos, de ensueño o de euforia, se debe a que —tal cual pasa con el tabaco y tóxicos similares— la primera ingestión produce fenómenos desagradables, en lugar de las impresiones del habituado al tóxico, que sabe ya graduar el ritmo de la bebida y la forma de la aspiración, en el caso del tabaco o del Yopo.

El uso del Yagé por parte de los hechiceros o adivinos es una "práctica idéntica a la de la pitonisa de antaño, que en su delirio conversa con los malos espíritus, explora el futuro misterioso, lee el destino de la tribu y recibe las órdenes del espíritu de la vida", dice Tyler.

Genaro Herrera, al tratar de los hechiceros y brujos de los Departamentos de Loreto y Mainas, en el Perú, dice: "Estos brujos, para facilitar las visiones o evocaciones de los "Ayac" (espíritus), hacen uso de yerbas y plantas prodigiosas como la Ayahuasca, que tomada en infusión produce una sobreexcitación nerviosa que los hace ver y oír mejor y vaticinar el futuro con toda lucidez".

Reinberg, a este respecto de los hechiceros, dice: "cuando un brujo Záparo se dirige a ver un enfermo, lo cual hace siempre durante la noche, nunca deja de tomar el Yagé, pero no a dosis masivas, sino en dosis sucesivas, y así esta mitridatización les permite soportar mejor el tóxico de lo que yo pude hacerlo; es así como en su sueño llega a conocer la enfermedad que los espíritus le revelan y, a su despertar, por aplicación de la boca sobre la parte dolorosa y por succión, extrae la 'chunta' (pequeña espina de palmera *Bactrix ciliata* Mart) o trozos de madera o granos que ha tenido el cuidado de colocarse en la boca, siendo siempre la citada *chunta* la causa de las enfermedades, y que proviene de algún enemigo que la ha enviado al cuerpo del enfermo. El médico hechicero indica en seguida de dónde vino, quién la envió, y el enfermo se prepara a vengarse". No pocos puntos de contacto tienen estas prácticas primitivas de la emanación o "teoría del cuerpo extraño" con los métodos científicos modernos de neurólogos y siquiátras.

Los Jíbaro del Oriente del Ecuador, en su famosa Fiesta de las Tsantsas (cabezas reducidas al fuego) beben el Huanto o Borrachero, adicionado de algunas hojas de Yagé, lo cual aumenta los efectos tóxicos de la bebida. Karsten dice que agregan 8 hojas de un bejuco llamado *Yahí*, que seguramente es el mismo Yagé.

Paul Rivet también trató del uso de estas bebidas entre los indios Colorado y Cayapa, con el nombre de *Nepi*, pero, sin lugar a dudas, se deduce de la descripción que no se trata del Yagé sino del Borrachero (*Datura arborea* o sanguínea).

Los Tukano refirieron a Koch-Grünberg que "en las danzas beben a menudo y en dosis sucesivas, pequeñas, el Yagé, porque

después de beberlo 'todo se vuelve más hermoso y más grande; se ven muchas gentes extrañas, sobre todo muchas mujeres'".

De los relatos de Koch-Grünberg y su compañero Schmidt, se deducen los efectos siguientes, que narra Koch: "Durante una de esas fiestas tomé dos pequeñas calabazas de la bebida mágica para ensayar la acción. Era ligeramente amarga. Al cabo de algún tiempo, al salir de la oscuridad, percibí un centelleo muy particular, de colores vivos y, mientras escribía mi relato, pasaban sobre el papel como llamas "rojas". A la cuarta calabaza, según dicen los Tukano, es cuando se encuentra uno obligado a vomitar violentamente y en ese punto se obtienen las más bellas visiones; pero resulta difícil llegar a la cuarta calabaza.

Como puede deducirse de lo tratado, el Yagé se prepara a partir de la raíz, del tallo o de las hojas, por cocción o por infusión y maceración en frío o en caliente. La manera de prepararlo determina indudablemente la mayor o menor intensidad de los efectos. La cocción produce una mayor riqueza de alcaloides; en cambio, la maceración en frío hace más tolerable la bebida, por su menor concentración de principios activos. Esto nos hace explicable la muy diferente intensidad de efectos narrados, según las diversas tribus y sus métodos de preparación: la cocción entre los Záparo, y la maceración, entre los Tukano.

Los usos terapéuticos del Yagé no se hallan muy avanzados a causa de que su investigación técnica ha sido escasa, dado el difícil acceso a los sitios de recolección, la natural desconfianza de los indios que conocen los secretos de la preparación adecuada del brebaje. Sin embargo, algunos investigadores han anotado buenos efectos en las parálisis agitantes graves, en las aquinesias y en la rigideces; algún autor le atribuye acción antihelmíntica y antiepiléptica, en la depresión nerviosa, pérdida de la memoria y de la voluntad, apatía, fobias, tics, astenia sexual y parálisis. En la medicina popular sólo conserva su posición de ilusiógeno utilizado en esa empírica sicoterapia.

Para cerrar este capítulo conviene anotar algunas observaciones que hace Sergio Elías Ortiz, en relación con la nomenclatura regional de esta planta medicinal colombiana: Ayaguasa o Ayahuasca o Yaguasa. "Planta de propiedades medicinales, especialmente el zumo, que se administra contra la fiebre"; el mucílago se emplea en algunas partes para clarificar la miel.

Según Tascón, esta palabra proviene del quechua *aya*: cadáver, y *huasca*: bejuco. Planta trepadora de especie indeterminada.

El Padre González Holguín dice que el zumo de la Ayaguasa es narcótico y que los Jíbaro lo toman supersticiosamente como los chinos el opio.

Don Felipe Pérez enseña que es vomitivo y purgante: Sospechamos que este bejuco es el mismo que los Ceona llaman “yagé”, porque sus propiedades fisiológicas son iguales, dice Pérez. Nosotros creemos —dice Ortiz— que pertenece a la familia de las malváceas y que es distinto del Yagé, apocinácea”.

Comentamos: Resulta obvio lo objetado por Ortiz, pues el uso del mucílago del Yagé para clarificar la miel sería altamente tóxico; en ningún caso puede tratarse de *Banisteria caapi*. Otro tanto puede decirse del bejuco llamado “Guacharaca” (*Chamissoa altissima* Jacq.) que para algunos se identifica con el Yagé; tal bejuco podría ser alguna de las sesenta *Banisterias* tropicales, pero no la *B. caapi*.